

En el veinticinco aniversario de la Federación Española de Sociología

Juan Díez Nicolás

Universidad Complutense de Madrid
Ex Presidente de la FES

Fue un honor hablar en el acto conmemorativo de las «bodas de plata» de la FES en nombre de los que hemos sido presidentes de la misma, y es un honor adicional contribuir con un breve comentario en este número especial de la RES en el que se recogen las intervenciones en dicho acto. Mi agradecimiento, por tanto, al actual Presidente de la FES, el profesor Pérez Yruela, y al actual Comité Ejecutivo de la FES por haberme invitado a participar en este homenaje, y también a todos los anteriores Presidentes de la FES que me han conferido el honor de representarles. Confío en no defraudarles.

Pertenezco a ese grupo de personas que hablan de manera diferente a como escriben (solo he conocido a una persona que habla igual que escribe, un antiguo Presidente del Congreso de los Diputados), y por ello, lejos de utilizar la contribución oral para la escrita, o viceversa, mi trabajo es doble siempre que se me pide transformar una conferencia en un artículo o capítulo de libro, algo que por desgracia es cada vez más frecuente. No obstante, después de casi cincuenta años de docencia universitaria no he encontrado razones para cambiar, y creo que los alumnos agradecen la exposición oral, de pie junto a la pizarra, a la lectura de unos folios que de tantas lecturas a lo largo de los años suenan a rancio.

Pienso que celebrar un XXV aniversario es siempre un hecho gozoso, especialmente en España, país en el que parece que siempre estamos empezando, partiendo de cero, en el que apenas conjugamos el verbo acumular excepto si se trata de fortunas dinerarias. Precisamente por ello, me he permitido recordar que un hecho tan importante como la fundación de la FES en 1981 había sido precedido de muchos otros hechos que de una u otra forma contribuyeron a su fundación, pues la FES no surgió de la nada, sino de un conjunto de hechos y situaciones que facilitaron su nacimiento y posterior desarrollo, hasta llegar a una situación de consolidación como la actual.

En la medida en que siempre he cultivado la comparación internacional en mis investigaciones, parece natural recordar que en otros países desarrollados ha sido

habitual que co-existan dos tipos de asociación para los sociólogos y otros profesionales de las ciencias sociales: las asociaciones de profesionales y las asociaciones de académicos. En España existió desde los años cuarenta una asociación de profesionales, el Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas, al que más tarde se añadió «y Sociología» cuando la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales (creada en 1944) se dividió en dos, una de Ciencias Económicas y Empresariales, y otra de Ciencias Políticas y Sociología, en 1971. Como su propio nombre indica, el Colegio agrupaba a Doctores y Licenciados, con independencia de que fueran o no docentes o investigadores, y por tanto su función ha sido siempre la que corresponde a cualquier otro colegio profesional, como el de los Abogados o los Farmacéuticos, es decir, la de velar por las competencias profesionales y por la deontología profesional de estos licenciados y doctores. Pero, a diferencia de otros países, era difícil constituir una asociación de académicos, es decir, de docentes e investigadores en Sociología, porque su número en la Universidad española era tan escaso que más que una asociación habría sido un grupo de amigos. No puede olvidarse que, muertos los catedráticos Gómez Arboleya y Lisarrague en 1959 y 1968 respectivamente, los dos primeros catedráticos de Sociología de lo que podría denominarse la nueva sociología española fueron Del Campo y Jiménez Blanco, en 1962, pero en 1981, cuando se crea la FES, el número de catedráticos y profesores agregados de Sociología no superaba los 15, un número evidentemente pequeño como para crear una asociación de sociólogos académicos al estilo de lo que había en otros países de nuestro entorno, y no porque no hubiese al menos otro número equivalente de profesores universitarios no-numerarios que mereciesen serlo, sino porque las plantillas de profesorado numerarios tenían que ser aprobadas por el Ministerio de Hacienda, y no por el de Educación, lo que provocó un auténtico «cuello de botella» que impidió el desarrollo natural de un auténtico grupo importante de sociólogos académicos, lo que condujo en cierto modo a una situación de enfrentamiento entre los no-numerarios y los numerarios que a su vez provocó que entre los primeros se confundieran los que tenían méritos acreditados para haber sido numerarios y quienes aprovecharon el «rio revuelto» para auto-proclamarse maestros cuando carecían de las suficientes credenciales académicas habituales en cualquier otro país desarrollado. De ahí que, todavía en la actualidad, la FES no cuente lamentablemente con la participación, el empuje, y el liderazgo intelectual de muchos docentes e investigadores de gran prestigio, como puede comprobarse por su no afiliación a la FES ni como miembros individuales ni como miembros de alguna asociación federada, o de alguna institución docente o de investigación, etc. No obstante, debe reconocerse que en estos últimos años la incorporación de profesores numerarios de Universidad ha ido creciendo, pero es todavía escasa, porque muchos de ellos consideran que la FES nació más como asociación de profesionales que como asociación de académicos. En cualquier caso, esta es una cuestión recurrente para todos los que hemos tenido la responsabilidad de presidir la FES y para todos los comités ejecutivos, que no han escatimado esfuerzos

para incorporar a todos, y especialmente a quienes pueden considerarse como eminentes representantes de la Sociología española.

Antes incluso de las dos primeras cátedras de Sociología a las que me he referido antes, en 1962, habían existido centros e iniciativas de docencia e investigación bastante numerosas, lo que contribuyó de manera fundamental a la citada confrontación y desconfianza entre la Sociología universitaria y la extra-universitaria, una confrontación no solo falsa, sino hasta cierto punto ridícula, puesto que muchos de los que estaban en la universidad (sin ser numerarios) también estaban en los centros e instituciones no-universitarias, como luego habrá ocasión de comprobar.

Entre estos centros e instituciones no universitarios en los que «se hacía Sociología» deben señalarse sobre todo el Instituto Balmes de Sociología, encuadrado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y el Instituto de Estudios Políticos, encuadrado en la Secretaría General del Movimiento. Quienes iniciábamos nuestra andadura como aprendices de sociólogos a principios de los años sesenta no podemos olvidar nuestros contactos en el Balmes con maestros como Carmelo Viñas, Antonio Perpiñá Rodríguez, Román Perpiñá Grau (economista y pionero de la Sociología del territorio, que no era pariente del anterior), José Ros Gimeno (pionero de la investigación demográfica y artífice de la primera estimación de la renta nacional de España), González Rothvos, Bustinza Ugarte, Ruiz Almansa, Villar Salinas, y tantos otros, continuadores todos ellos de la escuela de Severino Aznar, con unos medios no ya escasos, sino absolutamente inexistentes (a excepción de la importante biblioteca heredada del Instituto de Reformas Sociales), que sin embargo no escatimaban su dedicación a los jóvenes que entonces queríamos hacer investigación en demografía y en historia social. Aún así, este grupo de abnegados y no retribuidos investigadores no solo mantuvieron la publicación de la *Revista Internacional de Sociología*, que todavía sobrevive en la actualidad, sino que constituyeron la Asociación Española para el Estudio Científico de la Población, capítulo español de la IUSSP, y publicaron gran cantidad de volúmenes y opúsculos de investigación social.

El Instituto de Estudios Políticos fue el otro gran vivero de la naciente sociología española, en el que a pesar de su formal vinculación al Movimiento Nacional participaron ilustres profesores de muy diversa ideología. No parece necesario recordar los seminarios dirigidos por eminentes profesores como Díez del Corral, Gómez Arboléya, Ollero Gómez, Maravall Casesnoves, Tierno Galván y otros, como Bujeda, auténtico pionero en la aplicación de la matemática a la investigación social, tan fundamentales para la formación de quienes habían de ser algunos de los primeros numerarios de Sociología en la Universidad española. En la *Revista de Estudios Políticos* se publicaron muchos artículos de sociología, especialmente de Estructura Social y Sociología Política, al no existir otras revistas aparte de la ya mencionada RIS del Balmes, mas especializada en Historia Social y Demografía, como he indicado. No puede desconocerse el impulso que a la Sociología dieron catedráticos de Derecho y Ciencia Política como Manuel Fraga, Carlos

Ollero, Enrique Tierno Galván y Luis Sánchez Agesta principalmente, que no dudaron en prestar su apoyo a esa naciente disciplina que en cierto modo habría de hacer la competencia a la suya. La Sociología española siempre estará en deuda con estos defensores de una disciplina de la que el «régimen» desconfiaba no sin razón, como acontecimientos posteriores habrán de demostrar. El IEP permitió que algunos de los que entonces nos preparábamos pudiéramos estar al corriente de las principales revistas de sociología de ámbito internacional y de los libros que eran difíciles de encontrar en bibliotecas universitarias, y que además nos proporcionaban la posibilidad de ganar algún dinero a través de recensiones de artículos y libros.

Junto al Balmes y a Estudios Políticos deben mencionarse otros centros que impulsaron y ofrecieron un espacio a la Sociología en aquellos años sesenta setenta, como el Instituto de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, dirigido por el profesor Luis Sánchez Agesta, que a través de unos seminarios de verano en el Valle de los Caídos facilitó la presentación y posterior publicación de muchos trabajos de investigación sociológica «sin censura», y en los que participamos muchos con trabajos de Sociología empírica y teórica, que posteriormente se publicaban en el Boletín del Centro de Estudios Sociales, en los Anales de Moral Social y Económica, y más tarde en la Revista de Estudios Sociales. Además de Sánchez Agesta, la labor del CES del VC tuvo mucho que agradecer al trabajo de Jiménez Blanco, Murillo Ferrol, Beltrán Villalba, y en general de la denominada «escuela de Granada», aunque debe reconocerse que el Centro siempre estuvo abierto a investigadores que no teníamos esa adscripción geográfico-académica.

Por supuesto, en esta enumeración de centros impulsores de la sociología no puede olvidarse la creación en 1963 del Instituto de la Opinión Pública, encuadrado en el Ministerio de Información y Turismo a iniciativa de su titular, el profesor Fraga Iribarne. El IOP fue el primer centro de investigación social empírica en España, con una metodología importada del Institute for Social Research de la Universidad de Michigan (Ann Arbor). La publicación periódica de sus encuestas en la *Revista Española de la Opinión Pública* contribuyó a divulgar datos sobre la realidad social española, y por tanto, como he señalado en múltiples ocasiones, contribuyó de forma decisiva a proporcionar información fiable que fue imprescindible para la preparación y realización de la Transición política española, al demostrar que la opinión pública española no estaba ni por la revolución ni por el inmovilismo, sino por la reforma política. La creación y actividad del IOP tuvo además un efecto multiplicador, puesto que su existencia justificó la creación de otros centros privados de investigación empírica por encuestas, y más concretamente las empresas de investigación de mercado, que poco a poco fueron incluyendo preguntas que no se referían al consumo, sino que tenían más que ver con el estudio de actitudes y valores sociales, políticos y culturales. Los nombres de González Seara, Del Campo y Díez Nicolás están necesariamente ligados a esa etapa fundacional del IOP, aunque muchos otros nombres, de muy diferente ideología, contribuyeron también a su fundación y consolidación, como los de Torre-

grosa, López Pina, Lisón Tolosana, Navarro y Alcalá Zamora, Martín Martínez, Gómez Vispo, Alcobendas, y un largo etcétera.

Precisamente, junto a estos cuatro centros «oficiales» de investigación hubo también un desarrollo paralelo en el ámbito privado, en gran medida amparados por la existencia del IOP, que no solo justificaba su pretensión de investigar cuando el IOP investigaba y publicaba todas sus encuestas, sino que les proporcionó una metodología que fue mayoritariamente imitada hasta en sus más mínimos detalles por las primeras empresas de estudios de mercado. Entre todas esas iniciativas destacaron por su calidad e impacto social los Informes FOESSA, el primero de los cuales apareció en 1966, y el segundo en 1970, ambos dirigidos por Amando de Miguel.

También merece resaltarse la importante contribución de la Escuela Crítica de Sociología, CEISA, en la que colaboraron sobre todo quienes no deseaban vincularse a instituciones oficiales como las mencionadas, y entre los cuales destacaban Vidal Beneyto (su fundador), Jesús Ibáñez, Carlos Moya, Alfonso Ortí, Ángel de Lucas y muchos otros, todos ellos legitimados no solo por su saber sino también por la presencia de nombres como Tierno Galván y Aranguren, Pedro Laín y otros que, más o menos disidentes del régimen, proporcionaban una cierta cobertura precisamente ante el régimen.

Con la distancia que proporciona el paso de más de cuarenta años, puede afirmarse hoy que la supuesta división entre la sociología oficial (representada por el Balmes, Estudios Políticos, Estudios Sociales, IOP) y la sociología crítica (FOESSA, CEISA) fue más aparente que real, puesto que los nombres de quienes colaboraron en unos y otros eran con gran frecuencia los mismos. Prueba de ello es que colaboradores de unos centros y otros lograron sus cátedras universitarias antes de 1975. Y no puede decirse, como alguno comentó en los primeros años ochenta, que todos los que lograron cátedra durante el régimen franquista fuesen adeptos a aquel régimen, como tampoco es cierto que quienes no lograron cátedra entonces fuese a causa de su anti-franquismo. Las simplificaciones son siempre bastante erróneas. Lo único cierto, desde la distancia que proporciona el tiempo, es que la Sociología española se desarrolló gracias a instituciones y centros como el Balmes, Estudios Políticos, el Centro de Estudios Sociales, el IOP, FOESSA, CEISA (luego transformada en Escuela de Sociología de la UCM), y otros centros de enseñanza como el Instituto Social León XIII, en el que bajo José M^a Guix Ferreres y Alejandro Sierra (y sobre todo bajo el Cardenal Herrera) se formaron también muchos docentes e investigadores para la Universidad española, o centros de acción social, como el Instituto de la Juventud dependiente del Ministerio de Trabajo, o diversos centros de la Administración pública como el Gabinete de Estudios del mismo Ministerio, la Dirección General de Planificación Social, la Comisaría del Plan de Desarrollo, el Instituto Nacional de Ciencias de la Educación, los ICE, etc., que fueron pioneros en la investigación pero sobre todo en el desarrollo de la Sociología aplicada, siguiendo en cierto modo la tradición del extinto Instituto de Reformas Sociales. La inmensa mayoría de los que colaboraron con

estos y otros centros que puedan haber sido omitidos involuntariamente coincidieron después como docentes en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología a partir de su fundación en 1971, y otros lo hicieron en la Universidad de Barcelona y en las entonces recién creadas universidades Autónomas de Madrid y de Barcelona.

Antes de la fundación de la FES en 1981 ya se había institucionalizado la Sociología no solo en las universidades citadas, sino también en las de Bilbao, Málaga, Valencia, Zaragoza, Sevilla, Granada, Santiago, Deusto, Pontificia de Salamanca, UNED, etc. Por supuesto que la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, la primera y durante muchos años la única que tenía una licenciatura completa de cinco años y con varias especialidades de segundo ciclo, fue el gran semillero de futuros docentes e investigadores de Sociología. Ya existían revistas profesionales de prestigio como la *Revista Internacional de Sociología*, la *Revista Española de la Opinión Pública*, la *Revista de Estudios Políticos*, la *Revista de Estudios Sociales*, *Anales de Sociología*, *Papers*, por citar solo las más conocidas.

Pero además de los centros de docencia e investigación hubo otro elemento importante para el desarrollo de la Sociología española durante las décadas de los años sesenta y setenta: los planes de becas de estudios e investigación. Primero fueron las becas de la Comisión Fulbright, iniciado en España como consecuencia de la firma del tratado para el establecimiento de bases de uso conjunto en 1953, si bien no recibía su financiación de ese tratado, sino de la Comisión creada por el Senador Fulbright para países muy diversos. Este programa de becas, primero dirigido por Ramón Bela y después por M^ª Jesús de Pablos, envió, sobre todo en la década de los años sesenta un número creciente de post-graduados españoles para formarse en Sociología en universidades norteamericanas. La mayoría fueron a Columbia, donde estaba el gran pionero Juan Linz, otros a Chicago como Salustiano del Campo, pero el mayor número se dirigió posiblemente a la Universidad de Michigan en Ann Arbor (primero fue Jiménez Blanco, y luego fueron Díez Nicolás, López Pina, Torregrosa, Alvira, del Pino, y muchos otros) atraídos sobre todo por el Institute for Social Research, auténtico centro de formación de investigadores. El programa de becas de la Comisión Fulbright fue posteriormente reforzado por otro programa complementario que recibía su financiación de los acuerdos sobre las bases y que dependía directamente del Ministerio de Educación y de la Embajada de los EEUU, y que se inició en 1974 debido principalmente a la iniciativa y empuje del entonces Consejero Cultural de la Embajada, Lee Jonson, que desarrolló una gran actividad de ayuda a los jóvenes científicos sociales españoles de muy diversa ideología. Además de estos dos programas tuvo un gran impacto el Plan de Ayuda a la Sociología de la Fundación Juan March, programa que tuvo una duración de nueve años a partir de 1971, y gracias al cual pudieron realizar estudios de postgrado en Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Alemania y Francia, decenas de jóvenes científicos sociales (principalmente sociólogos y politólogos), que además seguían recibiendo ayuda al volver a España

para facilitar su incorporación a la Universidad española. Y, coincidiendo en ese mismo período, el programa de becas para realizar estudios en Estados Unidos de la Fundación Ford, cuyo representante en España, Peter Frankel, fue también un gran promotor de la naciente ciencia social española.

Como puede comprobarse, antes de la consolidación de una asociación de sociólogos como fue la FES, en 1981, la Sociología española había tenido un fuerte desarrollo. Es curioso que siendo una ciencia tan nueva en nuestro país, y con un desarrollo muy limitado en la Universidad (en cuanto a la dotación de plazas de numerarios aunque no en el crecimiento de los no-numerarios), hayan proliferado los artículos y libros que se han ocupado de hacer una historia de la Sociología española. En ellos es frecuente hablar de «escuelas», cuando posiblemente se tratase más de «cliques» o grupos de amigos, o de profesionales que trabajaban en el mismo centro, pero sin que necesariamente hubiese una «escuela» en el sentido que este término ha tenido tradicionalmente en el ámbito universitario. Cuando se examinan las investigaciones y publicaciones de los integrantes de estas supuestas «escuelas» se comprueba que no suele existir un «hilo conductor», ni una teoría sociológica común ni unas investigaciones complementarias y acumulativas. Más bien puede decirse que los sociólogos españoles se han desarrollado con bastante independencia e individualismo, aunque las relaciones de amistad pudieran dar la impresión de constituir una auténtica «escuela».

La fundación de la FES en 1981 fue precedida de la creación de asociaciones territoriales, entre ellas la Asociación Castellana de Sociología, posiblemente la primera si no me falla la memoria, coincidiendo precisamente con la primera promoción de licenciados en sociología por la UCM en 1977. Es difícil olvidar el entusiasmo de quienes fundaron esa Asociación, entre los que recordo a las hermanas Lowie, a Ignacio Duque, Octavio Uña, Minerva Donald, Sánchez Carrión, y tantos otros integrantes de aquella primera promoción, y a la que creo haber sido el único catedrático de sociología que se adhirió desde el primer momento (entre otras razones porque los fundadores me hicieron el honor de invitarme a hacerlo), habiendo mantenido la afiliación a la Castellana, y por tanto a la FES, hasta este mismo momento.

A partir de 1981, y gracias al impulso decisivo de otro catedrático de Derecho Político, el profesor José Cazorta Pérez, y al del profesor Salvador Giner y otros, se creó la Federación de Asociaciones de Sociología del Estado Español, si bien el nombre se simplificó al de Federación Española de Sociología (FES) bajo la Presidencia del entonces catedrático de Sociología, y ahora de Ciencia Política, Francisco Llera. Personalmente tuve el honor de sucederle en la presidencia cuando él ya había logrado su consolidación, lo que facilitó extraordinariamente mi labor.

Al llegar al final de estas reflexiones me gustaría resumir algunas conclusiones de lo que fue el desarrollo de la sociología antes de la fundación de la FES, pues como he intentado explicar todo hecho social tiene sus orígenes en otros hechos sociales, de igual manera que tiene también consecuencias sociales. El desarrollo

y consolidación de la Sociología, durante las décadas de los años sesenta y setenta, tiene mucho que agradecer a centros e instituciones oficiales y privadas como el Instituto Balmes, el Instituto de Estudios Políticos, el Instituto de la Opinión Pública, el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, la Fundación FOESSA, CEISA, el Instituto Social León XIII, la Facultad de Ciencias Política y Económicas y la Facultad de Ciencias Política y Sociología (ambas de la UCM), el Instituto de la Juventud, tiene mucho que agradecer a catedráticos de Derecho y Ciencia Política como Fraga, Ollero, Sánchez Agesta, Tierno Galván, Murillo Ferrol y otros, y tiene mucho que agradecer a programas de becas como los de la Comisión Fulbright, la Comisión de Intercambio Cultural procedente de la aplicación del Tratado sobre las Bases Militares de uso conjunto Hispano-Norteamericano, la Fundación Juan March, la Fundación Ford, y al entusiasmo y labor docente e investigadora de muchas decenas de pioneros de la sociología.

Pero también hay que prestar atención a las consecuencias que se derivaron de este desarrollo y consolidación de la Sociología. La primera y más importante es, sin lugar a dudas, su consolidación en un doble ámbito, el académico en la Universidad española, y el profesional en la Administración pública y en las empresas privadas. Hoy son cientos los docentes de Sociología en la Universidad española, y miles los profesionales que ejercen como tales en las Administraciones públicas y en las empresas privadas. El Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, bajo la dirección de Miguel Ángel Ruiz de Azúa y de Lorenzo Navarrete, pueden dar fe del creciente número de colegiados y de salidas profesionales, y diversas investigaciones señalan que los licenciados en esas dos disciplinas son los que tienen tasas más bajas de paro cuando se les compara con otros profesionales. En segundo lugar, hay que subrayar el papel que los sociólogos y sus investigaciones tuvieron en el proceso de Transición política a la democracia, cumpliendo la vocación de la Sociología a la que se refería Edward Shils en su opúsculo sobre «La vocación de la Sociología» incluido en los dos tomos sobre *Teorías de la Sociedad* de Talcott Parsons, es decir, «iluminando a la opinión», ofreciendo primero una descripción, y más tarde explicaciones cada vez más elaboradas, de la sociedad. Las investigaciones del IOP, de FOESSA, y de muchos investigadores individuales, fueron proporcionando una radiografía de la sociedad española en la década y media anterior a la muerte de Franco que fue tenida muy en cuenta tanto por el régimen como por la oposición, de manera que los principales líderes del proceso de cambio pudieron disponer de una información e interpretación de gran calidad que utilizaron ampliamente en sus tomas de decisión durante aquellos años. Como he dicho en muchas ocasiones, la Transición habría sido muy distinta si no se hubiera dispuesto de la información que durante quince años había ido proporcionando la investigación sociológica, incluso la meramente descriptiva.

Pero la Sociología, al impregnar con su perspectiva a todas las demás ciencias sociales, desde la Economía a las Ciencias de la Información, puede morir de éxito. Hoy se leen más tesis doctorales elaboradas desde una perspectiva sociológica

fuera de las facultades y departamentos de Sociología que en ellos, de manera que, inadvertidamente, la Sociología ha creado su propia competencia profesional. Si en los años cincuenta la economía fue la disciplina dominante en la sociedad española, en los años sesenta la Sociología se convirtió en su más firme competidora, para ser la dominante en los setenta, siendo a su vez confrontada por las ciencias de la información en los ochenta y por la informática en los noventa. En la actualidad los principales competidores de los sociólogos son los políticos y los comunicadores, no los politólogos, sino los políticos. Políticos y comunicadores tienen en común el recabar su capacidad para ser intérpretes legítimos de lo que piensan los ciudadanos, y ello requiere ante todo desprestigiar los datos y las interpretaciones más científicas que proporcionan los sociólogos y politólogos. De igual manera que hace cuarenta años los sociólogos tuvieron que encontrar su espacio diferenciado y propio frente a los filósofos, la doctrina social y los juristas (que se ocupaban de establecer como «debía ser» la sociedad), presentando evidencia empírica de cómo «era realmente» la sociedad, en el momento actual los sociólogos tienen una vez más que defender su espacio, describiendo y explicando la realidad social desde una perspectiva científica, frente a las perspectivas ideológicas e interesadas de políticos y comunicadores, más interesados en ofrecer unas interpretaciones más acordes con los intereses a los que sirven. Ese es el gran reto de la sociología en la actualidad, reafirmarse en su capacidad para seguir fieles al método científico ya desarrollado por Bacon para las ciencias experimentales: observar, describir, explicar, interpretar y predecir. Confiamos en que la FES, que sigue agrupando a académicos y profesionales, logre contribuir a ese objetivo.